

QUINTERO, Inés, *La criolla principal, María Antonia Bolívar, hermana del Libertador*, Caracas, Fundación Bigott, 2005, 160 pp.

Margarita Garrido ★

El libro de la historiadora venezolana Inés Quintero sobre la hermana del Libertador ha llegado a su tercera reimpresión en dos años, lo que deja en claro el gran interés que sigue despertando todo lo relativo a la vida de los grandes hombres de la Independencia. En el caso de esta obra no se trata de la vida de un hombre sino de una mujer, y no de una patriota sino de una realista. Ella no estuvo en el centro de la escena política, y ha gozado sólo de una luz vicaria, lunar, no solamente por su condición femenina, sino por la incomodidad que conlleva la inclusión en el relato nacional, de una hermana de Bolívar y criolla principal sí, pero realista y partidaria acérrima de la desigualdad social.

La obra de Inés Quintero la pone en escena, no propiamente como actriz de reparto, como sus otras hermanas y hermanos, sino en papel autónomo en el que sus acciones en la esfera de lo público nos dan indicios de muchas fisuras del orden patriarcal, tantas veces entendido como monolítico.

María Antonia fue la mayor de las hijas de la familia Bolívar Palacios y Blanco. Nació en 1778 y quedó huérfana de padre a los ocho años y de madre a los catorce. En 1792, tres meses después del fallecimiento de esta última, estando aún bajo severo luto, obtuvo las necesarias licencias y dispensa para casarse con su primo en tercer grado, Pablo Clemente y Palacios. Aportó una dote por la notable suma de 80.000 pesos y tuvo cuatro hijos.

María Antonia manifestó su rechazo a las iniciativas independentistas desde los intentos revolucionarios de Gual y España en 1797 y de Miranda en 1806. No entendió cómo muchos de su familia, incluidos tíos, hermanos y cuñados, que habían participado en el repudio de esos hechos, pasaron a apoyar el movimiento del 19 de abril de 1810, cuando se proclamó la Independencia. A las novedades políticas le siguió el terremoto de Caracas el 26 de marzo de 1812, que dejó buena parte de la ciudad en ruinas. Su hermano Simón, unido a la causa patriota, fue derrotado en Puerto Cabello

★ Profesora titular y directora de la Maestría en Historia del Departamento de Historia de la Universidad de los Andes.

y Miranda, Dictador Supremo y Generalísimo de las fuerzas republicanas, capituló en julio 1812. Pero el triunfo realista no fue duradero. Un año después, a mediados 1813, su propio hermano lanzó desde Trujillo el decreto de Guerra a Muerte. María Antonia, desoyendo las amenazas, auxilió y escondió en su propia casa a un grupo notable de realistas, y no cambió sus opiniones cuando su hermano entró victorioso en la ciudad en agosto de 1813.

En el año catorce, cuando las tropas realistas se aproximaban a Caracas, la orden de Bolívar fue desocupar la ciudad para impedir su arrasamiento. María Antonia creía que podría hacer valer su lealtad al rey y se oponía a salir. Bolívar la obligó, convencido de que no recibiría clemencia. Vivió con su familia en Curazao hasta 1816, en donde sufrió las privaciones y la marginalidad propias del exilio; escribió en varias ocasiones a la Real Audiencia de Caracas sin ser escuchada. En 1817 se trasladó a La Habana, donde obtuvo de la Real Audiencia de Caracas el desembargo de sus bienes y en 1819, del Rey de España, una pensión de 1000 pesos la cual, por nuevos ruegos, le fue duplicada el año siguiente.

Después del triunfo patriota, y siendo Bolívar el hombre más poderoso de Venezuela, regresó ya viuda a Caracas, motivada muy especialmente por recuperar el control de todos los bienes de la familia. Estos parecían no interesarle mucho al Libertador quien, para su manejo, había dado poder precisamente al hijo mayor de María Antonia, Anacleto, a quien ella misma consideraba inepto e irresponsable.

Desde el año 1822 hasta 1827 la historia de María Antonia fue reconstruida por Inés Quintero sobre la base de su correspondencia con Bolívar, en la que se trata casi exclusivamente de asuntos económicos. María Antonia logró que el Libertador destituyera a su hijo Anacleto del poder que le había otorgado y se lo diera a ella, quien asumió funciones con un gran dinamismo y buenos resultados, ya que logró recuperar casas y haciendas. No obstante, en las cartas de María Antonia, es patente que sus intereses económicos estaban muy por encima de cualquier consideración sobre la suerte de su hermana viuda, de su cuñada viuda y sobrinos. Ella no tuvo ningún reparo en tratar de bribones aun a sus tíos y otros parientes si se oponían a sus intereses. La imagen que queda es la de una mujer centrada en sí misma, con una autonomía que pasa sin reparos a la desobediencia de los designios de su hermano sobre los bienes que le pertenecían a él, y ahora sí, muy interesada en el mantenimiento de su poder político, por cuanto eso le reportaba a ella grandes beneficios. De paso, discrepamos del uso del término hegemonía que hace la autora para referirse al control del poder por parte de Bolívar, ya que este concepto implica la aceptación de un sentido del orden y de un marco discursivo común, en el cual se expresa no sólo la autoridad, sino

también la oposición. En esta medida, no sería adecuado para designar la autoridad de una persona, menos aun en una situación de inestabilidad, en plena guerra.

En las cartas, no obstante, hay indicios de que el pensamiento de María Antonia sigue siendo el de una defensora de la sociedad desigual y jerárquica, pues frecuentemente se lamenta de la pérdida de vigencia de cada uno de los mecanismos que sostenían las diferencias. En su correspondencia están presentes sus continuas protestas por los matrimonios desiguales, por la libertad que su hermano había dado a algunos de sus esclavos (la cual intentó no reconocer), por el deterioro del trato deferente hacia los notables, por la corrupción que denuncia en los nuevos mandatarios, por la pérdida de la predominancia de la Iglesia y de la palabra de los sacerdotes. El diagnóstico permanente es el de caos y la solución, que no deja de proponer, es la del autoritarismo.

No obstante, hay un gesto interesante que curiosamente es el único que ha sido recuperado por la historiografía anterior a este trabajo. María Antonia Bolívar fue enfática en aconsejar a su hermano que no aceptara ser coronado. Siendo este uno de los temas centrales que dividió las opiniones y causó las mayores amarguras a Bolívar en sus últimos años, llama la atención esta clara posición de su hermana, posiblemente motivada en su fidelidad al rey que le impedía admitir una monarquía de cuño revolucionario.

La autora nos sorprende en el último capítulo con una faceta de María Antonia Bolívar que contrasta con sus beligerantes posiciones conservadoras: hay fuertes indicios de que esta mujer tuvo dos hijas naturales, concebidas aparentemente durante los años de su matrimonio con Pablo Clemente, a quienes de manera subrepticia, envió recursos para su sustento, pero jamás reconoció. Sabemos que es un común error de los biógrafos suponer coherencia en todos los actos de sus biografados o consistencia a lo largo de sus vidas. Y la autora no cae en ello. Si el cambio de actitud de María Antonia Bolívar en relación con la política de su hermano no es difícil de explicar, pues una vez éste detentaba todo el poder no era pensable que ella siguiera oponiéndosele, esta faceta oculta de la vida privada de una persona que juzgaba a los demás sin restricciones y se erigía en guardiana de la honradez y del viejo orden social, sí llama mucho nuestra atención. Su flagrante y repetida trasgresión de la norma de fidelidad matrimonial revela a una mujer que es al mismo tiempo rebelde y tradicional.

Su alarde de autonomía en lo económico se explica por su desmedido interés en los bienes materiales. El ocultamiento de sus adulterios responde a su deseo de conservar

el honor. Esta paradoja se explica si tenemos en cuenta que el honor era ante todo un bien que circulaba en la esfera de lo “público y notorio”, de la reputación, se refería al *status* y a la virtud, pero a la virtud que aparecía a la vista de todos. Si las faltas no eran conocidas, es decir, no eran parte de lo considerado “público y notorio”, aunque pesaran en la conciencia, no deshonraban, no dañaban el capital simbólico de la familia y el linaje. En este caso, si bien los adulterios constituían trasgresiones a la moral, la religión y la ley, al mantenerlos ocultos, María Antonia salvaba lo que más le interesaba a una criolla principal: su honor. Aparece así una mujer que, mientras demostraba abiertamente (exhibía) su rechazo a todo lo que disolvía el orden desigual y legítimo (sin esconder por ejemplo su aversión a la señora Tinoco, madre soltera de los hijos de su hermano Juan Vicente y su poca consideración con estos ilegítimos), ocultaba sus propias afrentas al orden social patriarcal, religioso y moral.

Si sus hijas nacieron en tiempos del gobierno español, María Antonia Bolívar hubiera podido legitimarlas, solicitando al gobierno colonial unas cédulas de “gracias al sacar”, las cuales permitían inclusive mantener en secreto el nombre de la madre. Pero no lo hizo. No obstante, a diferencia de otras mantuanas que como ella tuvieron hijos fuera del matrimonio, pero cuyos nombres nunca fueron descubiertos ni cuando los padres solicitaron legitimarlos, María Antonia Bolívar sólo pudo impedir la publicidad de sus faltas durante su vida, pues tras su muerte apareció la reclamación de herencia por parte de una de sus hijas ilegítimas.

Casos como el estudiado en este libro contradicen la presunción de que las mujeres no tenían ningún espacio de acción en la sociedad colonial. Algunas, como ella, se resistieron a permanecer marginadas de los negocios y de la política.

El trabajo de Inés Quintero aporta además interesantes luces sobre las vicisitudes de las familias y especialmente de las mujeres en un tiempo fuerte como el del proceso de Independencia. Las vidas de todas fueron tocadas por los eventos públicos. Merece mención especial el cuadro de desolación de las mantuanas en general, con vívidos ejemplos de miseria, abandono, impotencia por haber visto a sus maridos e hijos sacrificados por las armas de uno y otro bando y todos sus bienes perdidos u ostensiblemente desatendidos; o el destino de aquellas doncellas criollas obligadas a contraer nupcias con oficiales del ejército libertador de origen social muy bajo, convertidos recientemente en dirigentes de la nueva república, con quienes, en los designios del nuevo orden, debían procrear hijos que los sucederían en su prominente lugar.

Se trata de una mirada de los sucesos de la Independencia desde las vidas privadas, no sólo desde los afectos y los valores estremecidos por la guerra, sino también desde los

intereses económicos y sociales afectados en un período en el que los mecanismos de reproducción de la desigualdad y las jerarquías están perdiendo su vigencia secular que los hizo tan formidables para mantener las estructuras coloniales. La historiografía más reciente ha revisado la posición muy difundida de que la Independencia fue una cuestión política y no una cuestión social, un cambio de turno de las élites sin implicaciones en la estructura social. Este trabajo aporta elementos importantes para matizar esa postura dual al mostrarnos lo inadecuado de querer separar los campos político y social en la vida y los procesos de los pueblos.

En mi lectura, eché de menos referencias más frecuentes a las fuentes primarias. La autora nos las presenta ampliamente en la introducción pero no las cita para cada caso, por lo que muchas veces nos quedamos con inquietudes respecto de datos o apreciaciones. El libro tiene las virtudes de una obra escrita sobre una persona, siguiendo sus huellas en las fuentes, poniéndolas en un orden principalmente cronológico, separando convencionalmente los temas y estableciendo las relaciones indispensables entre los hechos públicos más notorios y la vida individual. Se echan de menos elementos analíticos desde las perspectivas de la sociología, la antropología, y los estudios de género que hoy circulan en la historiografía y habrían contribuido a una mejor comprensión de la relación entre estructuras y determinismos, y estrategias y prácticas de los individuos, familias y grupos, en la sociedad caraqueña y venezolana durante esos años cruciales de la Independencia.